

Jesús Botello López-Canti. *Cervantes, Felipe II y la España del Siglo de Oro*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt: Vuervert, 2016. 210 pp. ISBN-13: 978-8484899785.

En su estudio sobre Cervantes y el polémico Felipe II, Jesús Botello López-Canti explora las alusiones al monarca en la obra cervantina (capítulo 1), los paralelos entre la cultura archivística del rey y la memoria bibliográfica de Don Quijote (capítulo 2), la crítica a burocratización jurídica del gobierno isabelino que para el autor representa el gobierno de Sancho Panza (capítulo 3), las correspondencias entre el último ciclo heroico de las aventuras de Amadís (las Serglas de Esplandián) y la visión caballerescas de Don Quijote (capítulo 4), y el intertexto coleccionista de la cámara de maravillas en el episodio de la cueva de Montesinos en *Don Quijote* (capítulo 5). Ciertamente, este enfoque en el hijo del “rayo de la guerra,” Carlos V, contrasta con la más obvia atención que la crítica cervantista ha prestado al emperador y su constatada afición por la cultura heroico-caballerescas. Sin embargo, si el emperador institucionaliza anacronísticamente el referente caballaresco en la España del siglo XVI, para Botello López-Canti es Felipe II quien acomete el “proceso de reactivación” de la institución caballerescas entre 1562 y hasta 1619—“ya en época de Felipe III” (19)—en el que se enmarca gran parte de la producción cervantina. Para el autor, *Don Quijote*, de hecho, demuestra muy especialmente en cada una de sus partes este impulso revitalizador y su consiguiente decadencia. Por todo ello, a pesar de constituir un referente político más burocrático-administrativo que simbólico o heroico, Felipe II resulta para Botello López-Canti una influencia y/o presencia no suficientemente explorada en el universo cervantino.

Esta premisa resulta en varias estimulantes reflexiones; en el capítulo segundo, por ejemplo, Botello López-Canti sugiere que el contraste entre la cultural oral y la “escritural” (96) que representan Sancho y Don Quijote resulta en la marcada inflexibilidad del caballero. Es el seguimiento literal de un referente impreso lo que “dicta” no sólo su rígido seguimiento de la norma caballerescas (escrita), sino también la obsesiva “pulcritud lingüística” con la que constantemente interrumpe a sus interlocutores con el fin de “restaurar el orden simbólico de la escritura” (97). Así mismo, resulta iluminador recordar que “Don Quijote es un producto de archivo” (107), y “[e]sta conciencia de archivo modela,” al menos hasta cierto punto, “las páginas del *Quijote*” (111). Resulta menos claro si la constante relectura literaria que hace el protagonista “mantiene” el nivel de “extrañas analogías con [el archivo de] Simancas” im-

pulsado por Felipe II. La obsesión literaria e histórica del caballero andante suele estar más asociada con las ansias de alcanzar una significación heroica y veracidad histórica que con la obsesión burocratizadora del monarca.

El capítulo tercero recuerda cómo la máquina burocrática perfeccionada por Felipe II, tan útil para los principios estructurales del imperio, había empezado a pesar gravemente sobre las estructuras judiciales del país. La referencia oral que parece servir tan poco a Sancho en su alardes novelísticos con Don Quijote resulta mucho más productiva en su rol de gobernador. Su modélica actuación como legislador recuerda para Botello López-Canti la eficiencia del “modo de impartir justicia de los musulmanes de la época, que parece que Cervantes admiró profundamente” (128). Igualmente esclarecedor resulta el recordatorio de la última entrega del ciclo heroico de Amadis de Gaula, las *Serglas de Esplandián*, que en el capítulo cuarto se lee como “una trayectoria épica análoga” no sólo a la aventura caballeresca de Don Quijote, sino a los intentos de recuperación de este tipo de ficción en la corte de Felipe II (144). Dado el enorme peso que el referente de Amadis comporta para el caballero manchego, resulta sugestivo recordar cómo su derrumbe heroico puede tener puntos de coincidencia con el de Don Quijote. Sin embargo, existen también diferencias obvias en la evolución de los dos protagonistas que no son explicadas en el capítulo; Don Quijote, por ejemplo, no tiene hijos ni sucesores, y ambas obras están separadas por más de un siglo (las *Serglas* se publican en 1510), en circunstancias históricas completamente diferentes.

En el último apartado, se lee el episodio de la Cueva de Montesinos desde el punto de vista del emergente coleccionismo español de la cámara de maravillas. Botello López-Canti demuestra los indicios textuales que asocian estos dos recónditos espacios—cámara de maravillas y cueva—como similares refugios de objetos semi-preciosos tan curiosos como las reliquias de santos (en el caso del Escorial) y los de un gran héroe como Durandarte (en la novela). Mientras que el autor de este capítulo se implica en un *excursus* sobre la melancolía de Felipe II, el lector queda con ganas de saber hasta qué punto las cámaras de maravillas cortesanas del momento, no sólo las de Felipe II, son tan secretas y sospechosas como para ser susceptibles de ser caracterizadas (literalmente o no) como cuevas. Los muchos estudios sobre la aventura de la cabeza encantada y el coleccionismo español no siempre han relacionado este episodio con el de Montesinos, por ello la estimulante apuesta necesita ser justamente examinada.

El libro, que termina con un resumen a modo de conclusión, se nutre de fuentes literarias, históricas y artístico-visuales, que en cierto modo recuerda al *Humanismo de las armas* de Jose Antonio Maravall (1948). Como en el estu-

dio de Maravall, Cervantes aparece descrito como el admirador de una figura monárquica, en este caso, de Felipe II (al menos hasta 1598), y como poseedor de un gran espíritu patriótico (en obras como la *Numancia*). Incluso si es para luego matizarla tardíamente (después de la muerte de Felipe II), sorprende enormemente la adscripción que hace el autor a la “ideología españolista y triunfalista de un cervantes volcado con la empresa de Inglaterra y con su rey” (80) o a la “sincera admiración que Cervantes sentía en los comienzos de su carrera por el Rey Prudente” (89). La defensa de esta lectura de la obra cervantina—que coincide con posiciones tradicionales—provoca de hecho varias más preguntas que respuestas, sobre todo cuando en 2016 existe un largo corpus de contribuciones críticas que han resaltado la aguda o velada censura cervantista ante diversas posiciones inquisitoriales, monárquicas, e imperialistas, en obras como la *Numancia*.

Toda esta crítica—y su convincente contrapunto histórico—queda obviada en la enfocada atención a una pregunta concreta que sustenta el largo capítulo primero: “¿Por qué Cervantes pasó del *patriotismo más exacerbado* al tono irónico, la burla, y la invectiva más ácida de sus últimos poemas?” (83; énfasis mío). Para muchos, adscribir una posición “exacerbadamente patriótica” a Cervantes, aunque sea temporalmente, lleva a ignorar los constantes y deliciosos claro-oscuros políticos de la sensibilidad literaria cervantina desde su primera composición hasta la última. Al fin y al cabo, si se puede justificar una visión positiva más o menos tradicional de la figura del monarca en virtud de las formulaicas descripciones que el autor hace de él (Felipe II) al caracterizarle como “David” o “Moisés Cristiano” lo mismo puede decirse de las alusiones—o correcciones—mucho menos glorificadoras que se incluyen en cada texto. Por ejemplo, si en el primer soneto de Cervantes a la muerte de Isabel de Valois se describe a Felipe como “soberano, / ínclito rey del ancho suelo hispano,” debe recordarse que el poema termina con un ambiguo y nada glorioso terceto, que alude a la cobardía y necesidad de silencio: “en ser moral, habrá de *acobardarse*, / ya sí le *va mejor sentir callando*, / aquello que es difícil de decirse” (énfasis mío). A cada una de las alusiones supuestamente “positivas” de la imagen de Felipe II se pueden contraponer poco ennoblecedores juegos de palabras o alusiones que asocian al “Alto señor” con “el yugo de la obediencia,” “la devergüenza” y la desesperada situación de no sólo soldados, sino de la “gente” española cuya “fuerza es poca / desnuda, mal armada, que no tiene en su defensa muro o roca” (*Los tratos de Argel* 15-16).

Obviamente, la extrema ambigüedad cervantina permite justificar cualquier posición crítica o ideológica. Sin embargo, conviene recordar que las interpretaciones que más convincentemente nos llevan a matizar o iluminar esa

ambigüedad lo hacen a través de sólidas contextualizaciones históricas y literarias. Un ejemplo de ello es el artículo de Aaron M. Kahn “Moral Opposition to Philip II in Pre-Lopean Drama (*Hispanic Review* 74.3 [2006]: 227-50), que lee la *Numancia* o *Los baños de Argel* como parte de un *continuum* cultural—en el que se inscriben obras como *La tragedia del príncipe tirano* (1580) de Juan de la Cueva—que canaliza una fuerte, plural, y poco conocida censura pública y moral a la política de Felipe II.

Resulta quizá también representativo que este libro aluda sólo brevemente a la novela cervantina que se inspira más obviamente en Felipe II, *El celoso extremeño*. Aplicando la argumentación crítica del autor, quizá pudiera excusarse el escaso patriotismo o nacionalismo de esa novela en el hecho de que se sitúe en la segunda etapa “crítica” (negativa) de Cervantes hacia el monarca. Ante este razonamiento, cabe preguntarse qué explica esa división, y qué puede ganarse—en definitiva—de colegir etapas marcadas (claramente o no) en un autor, especialmente un autor como Cervantes.

Cuando Botello López-Canti señala afirma que “Sería poco prudente (y anacrónico) pensar que Cervantes se está burlando abiertamente de [...] Trento” y que “[n]o existe razón alguna para afirmar algo semejante” porque “Cervantes no es un apóstata heterodoxo ni un calvinista recalcitrante” (185), debe darse cuenta de la historia de esta posición crítica. No ha habido muchos intentos de asociar a Cervantes con el calvinismo extremo, pero su mordaz burla a las posiciones ortodoxas le han situado—desde Américo Castro— mucho más cerca de la heterodoxia que de la ortodoxia cristiana, monárquica o tridentina. Quizá se hayan exagerado las posiciones subversivas de Cervantes, pero resulta francamente difícil acusar de imprudencia o anacronismo a aquellas interpretaciones que señalen o exploren el solapado—y tantas veces irónico—cuestionamiento cervantino de los valores oficiales políticos, económicos, hasta literarios. De hecho, es desde una postura crítica, juiciosa, y mediadora, como podemos seguir debatiendo productivamente la naturaleza y el alcance de la censura Cervantina. El presente libro es un perfecto vehículo para hacerlo, dado sus muchas apuestas sugerentes y no pocas afirmaciones sorprendentes. En último término, sólo la ambigüedad cervantina tiene garantizada la última palabra.

ANA LAGUNA  
Rutgers University  
alaguna@rutgers.edu